

los que obran erradamente, así como para el sostenimiento de la justicia y el mantenimiento de la paz y de la honradez pública. Quieren ellos que sin el apoyo de su instrucción y de su inteligencia continúen su labor las grandes masas populares, de cuya instrucción y clara inteligencia acerca de las cuestiones de gobierno depende la total estructura del gobierno democrático; quieren observar una conducta que, si fuese compartida por el resto de los ciudadanos, pondría término á nuestro gobierno constitucional y sería un obstáculo para nuestra prosperidad y nuestro progreso; y quieren, por último, depender, para la salvaguardia de todo lo que para ellos tiene valor en la vida, de la confianza de que otros, menos egoístas y animados de mejor espíritu público, se tomen la pena de cumplir con sus deberes de ciudadano, mucho mejor de lo que ellos mismos hubieran de hacerlo.

III.

LOS DEBERES DEL CIUDADANO COMO MIEMBRO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS.

Nada hay más fácil y sencillo para un joven inteligente, que tomar parte en la labor de un partido político en los Estados Unidos. Lo único que habrá menester será escoger el partido cuya influencia considere preferible, y hacer que los directores de él, radicados en su propio domicilio, sepan que está deseoso de trabajar con ellos. Inmediatamente será admitido en cualquiera de las sociedades ó agrupaciones políticas de la localidad y se le proporcionará todo el trabajo que esté listo á llevar á cabo. Sin duda no empezará por ser director ó por imponer sus ideas para determinar la política del partido, y probablemente tampoco, en sus comienzos, llegará á los puestos superiores á los cuales lo autoricen su instrucción y su inteligencia. Sus trabajos se limitarán á atender á los detalles de las organizaciones locales, los que tal vez le parezcan de escasa importancia; á partici-

par en las luchas entre los candidatos para ciertos puestos insignificantes, en las cuales no tomará gran interés, y á ir de casa en casa para asegurarse adhesiones políticas ó la preferencia de sus contemporáneos. Estará, pues, muy lejos de aquella defensa de los principios y de aquella influencia sobre la política y sobre la dirección del gobierno en las cuales hubiera de querer intervenir. No obstante, es seguro que al fin hallará el nivel que ambiciona y que se levantará á la altura de las oportunidades, importancia y grandeza de ocupaciones para las cuales le den títulos bastantes su habilidad, su carácter y su consagración al cumplimiento del deber. Si está en situación de trabajar eficazmente, poco á poco se elevará hasta que pueda ocuparse en labores más serias en los más anchos campos de la política. Al mismo tiempo no olvidará, so pena de no ir más allá de los trabajos de su localidad, que el primero y principal deber del ciudadano es servir en las filas de su partido y no esperar alguna oportunidad favorable y grande para ganarse fama y poder. El servicio activo en las filas de los partidos políticos es lo que engendra la diferencia que existe entre el gobierno popular y la sumisión del pueblo á un monarca absoluto. El gobierno popular sería tan imposible, sin la gran

multitud de trabajadores que jamás llega á la dirección de los partidos, como lo sería un ejército sin soldados.

En el cumplimiento de los deberes de un principiante político, hay ciertas reglas de conducta tan indispensables para que pueda llegar á ser útil, que su observancia constituye un imprescindible deber.

Los hombres ejercen influencia sobre la conducta de los demás, principalmente por medio del trato personal y como lo bueno prepondera en la naturaleza humana, se sienten de ordinario inclinados á asociarse. Tan pronto como se conocen entre sí, cada uno recibe de los demás el respeto y la confianza á que tiene derecho y su carácter y sus opiniones adquieren insensiblemente la influencia y peso que le corresponden. No es el extraño que dice: «id allí», «haced esto» quien es obedecido; sino que seguimos al viejo amigo que nos dice: «venid conmigo», «hagamos esto ó aquello.» El conocimiento de las inclinaciones y de las preocupaciones de los hombres, adquirido por medio del trato personal, hace que la sola indicación del deseo de un amigo, á menudo tenga mayor fuerza que el discurso más elocuente ó el estudio más profundo por parte de un extraño. Y este poder que la unión

de los hombres trae consigo es lo que principalmente coloca á las organizaciones políticas, á pesar de que obren mal ó estén en malas manos, en aptitud de resistir los ataques de los contrarios, aun de los ciudadanos más altamente respetados, cuando éstos de momento y por ocasión se proponen enseñar á los que intervienen en los negocios políticos lo que deben ó no deben hacer.

Este poder, que nace de la asociación, no puede ser monopolizado por determinadas personas. Los hombres desinteresados y los animados de un gran espíritu público pueden considerarse en situación de ejercerlo, al igual de los que tienen bajos propósitos, si se toman la pena de intentarlo.

Para ejecutar grandes cosas en unión de los demás hombres, es preciso que uno tenga gran simpatía por sus sentimientos ó intereses. Quien nunca se preocupa ó piensa en otra cosa que en sí mismo, no puede esperar que nadie piense ó se preocupe de él. Si no se interesa en las esperanzas de los demás, si no toma en cuenta sus deseos, ellos serán indiferentes por igual á todo lo que á él se refiera. Los cuerpos políticos, especialmente los más pequeños, están formados, mucho más que cualquiera otra asociación, de hombres de diversas condiciones, con diferentes conocimientos, con distintas

aptitudes, con varias preocupaciones y modos de pensar, difiriendo entre sí por su instrucción, reflexión, alcance de inteligencia, caracteres, temperamentos y ambiciones. Cada uno de ellos está en el mismo grado que los demás, en situación de que sean tomados en cuenta sus opiniones, sus deseos y sus aspiraciones; y el sentimiento de cordial consideración para con ellos de que alguno pueda dar muestra, es por sí mismo una gran fuente de influencia y de poder. El hombre que jamás ha tenido otra cosa que su jornal ó el salario de un empleo insignificante y que no posee renta alguna, sino que se consagra á buscarla, tiene tantos títulos para aspirar á un empleo en una aduana ó en el correo, como los más distinguidos en el medio social en que viven lo están para aspirar á ser gobernadores ó senadores; y el humilde, lo mismo que el poderoso, tiene derecho á que sus aspiraciones sean consideradas y tratadas como aspiraciones nobles y honorables. El comerciante pobre, que espera que la legislación y la administración pública sean tales que le aseguren la prosperidad de sus pequeños negocios, hace uso de los mismos derechos que el gran banquero ó el gran manufacturero que aguardan que la legislación monetaria ó aduanera les sean benéficas. Las muestras de simpatía en favor

de estos derechos forman entre los asociados políticos las bases necesarias y naturales para adquirir la influencia y la dirección en los partidos.

Las gentes verdaderamente honorables, cuando se asocian con un gran número de hombres, no pueden menos que adquirir cierto grado de humildad. Por inteligente y por instruido que un hombre sea, la experiencia múltiple, el conocimiento de la vida, la variedad de ideas, la fertilidad de soluciones y la precisión de la crítica que posee cualquier grupo de hombres, tomados en su conjunto, son tan superiores á los suyos, que está obligado gradualmente á aparecer, á la vez, ya como discípulo, ya como maestro. Sólo así dejará de asumir la actitud arrogante que destruye la influencia que puede adquirir sobre los demás, porque éstos no consienten en ser dirigidos por quien pretende tener cierta superioridad sobre ellos tanto en instrucción como en virtud.

Para asegurar una acción unida y eficaz en la ejecución de un propósito cualquiera, los miembros de un partido político necesitan aprender á subordinar sus pequeñas diferencias de opinión, con objeto de ponerse de acuerdo respecto de la defensa y promoción de asuntos más importantes en los cuales estén conformes. Esto es tan indis-

pensable al mantenimiento de cualquiera organización política, como lo es para el éxito en todos los demás negocios humanos. Para obtener un resultado cualquiera en los gobiernos populares es esencial la acción unida de muchos hombres con intereses, móviles, opiniones y deseos diferentes. Y esta acción no puede alcanzarse sino por medio de mutuas y continuas transacciones. La mejor cualidad que un pueblo debe tener para garantizar el éxito en el ejercicio del gobierno popular, es cierto sentido práctico que lo haga capaz de celebrar semejantes transacciones; y los que toman participación en los negocios políticos tienen el deber de hacer tantos sacrificios de sus opiniones y deseos, cuantos puedan contribuir de una manera racional al aseguramiento de los resultados tangibles y efectivos de esa acción común. Sin duda esto no significa que deba transigirse en cuestiones de carácter; pero los hombres habrán de cuidar no engañarse á sí mismos, considerando como casos de conciencia lo que en realidad no sea sino orgullo de opinión, ó propósito de insistir en las ideas propias.

En política, como en cualquiera otra cosa; los hombres deben pensar en llevar á término su labor y no en lo que habrán de conseguir con ella,

y preocuparse del éxito de sus trabajos más bien que de la apariencia de lo que hacen ó del buen nombre que habrán de conquistar. Esta es un condición esencial para lograr buen resultado en todas las artes en que la naturaleza humana entra como materia prima. Yo he notado en el foro, que cuando un abogado piensa tan sólo en que va á pronunciar un gran discurso, jamás produce una gran impresión ni en el tribunal ni en el jurado; pueden éstos admirarlo, pero ni se convencen ni se persuaden. Esto es verdad tanto en el foro como en el púlpito y en los salones de conferencias. Igualmente es cierto respecto de los trabajos literarios; porque todo estudio hecho con un estilo rebuscado, es ineficaz. En política es también una verdad. Yo no insisto en que los hombres den muestra de un altruismo impracticable ó en la necesidad de excluir de sus actos toda ambición justa de obtener éxito ó de ganar por medio de sus buenas obras las recompensas que provienen de la opinión favorable de sus compañeros y de la gratitud que inspiran sus servicios; la gratitud y el reconocimiento son muy satisfactorios para todos; pero si se trata de hacer una labor superior y seria, deben ser objeto de secundaria importancia. Lo fundamental es ejecutar el trabajo que á cada uno corresponda, lo mejor

que sea posible. Hay una recompensa para la labor hecha de tal manera y es la satisfacción que se experimenta al llevarla á cabo. Cada uno, para el reconocimiento y la apreciación de sus servicios debe confiar, no en su opinión, sino en la que inspire á los demás, porque nadie puede juzgar correctamente de sus propios méritos y del valor de sus propios servicios. Acontece á menudo que por algunas de las obras ejecutadas no se reciba el crédito á que se tiene derecho; y que, al contrario, por otras se obtenga un mayor renombre; pero en el curso de los tiempos, todos los hombres pueden estar seguros de que habrán de lograr los merecimientos á que sean acreedores, sin que necesiten influir en el juicio de los demás ó imponerles la opinión que tienen de sí mismos. El que toma parte en los trabajos políticos con la idea primordial de alcanzar un empleo, puede lograr lo que desea; pero es probable que pierda lo que vale más: la buena opinión de la sociedad en que vive; porque el pueblo, en los países que se gobiernan por sí mismos, posee ordinariamente un golpe de vista que le permite descubrir el espíritu con el cual trabaja un hombre semejante, y clasificalo tan sólo como un político en el mal sentido de la palabra, esto es, como un buscador de empleos.

La carrera y la influencia de un hombre de tal naturaleza tienden á desarrollar la actividad política más dañosa y desmoralizadora que puede existir en el gobierno popular.

Aparece de todo lo dicho, que hay tres estados distintos en la evolución del gobierno democrático. El primero y más bajo, es aquel en que el pueblo de un país se divide en razón de su preferencia por determinadas personas á quienes desea colocar en el poder. En su forma peor, este género de preferencia es tan carente de toda consideración por el bien público, que la lucha para asegurar la preponderancia de esas personas degenera á menudo en violentas guerras civiles y revoluciones constantes. Este estado fué por algún tiempo el que caracterizó á las Repúblicas Latino-americanas, y algunas de ellas se hallan todavía en él, aun cuando muchas y las más importantes lo han dejado ya atrás, por fortuna, y han llegado á considerar la elección de sus mandatarios como un medio de dar vida á su política más bien que como el único objeto del gobierno popular. Estos países han tenido un grande y noble ejemplo.

José de San Martín, que nació en la República Argentina, sirvió con distinción á la sombra de la bandera española en las guerras napoleónicas

y volvió á su tierra natal en el período crítico de la lucha Sud-americana por la independencia. Donde quiera, excepto en las Provincias Unidas del Río de la Plata, los primeros esfuerzos revolucionarios habían sido sofocados por España. El viejo virreinato del Perú, seguro en sus montañas, defendido por un ejército y contando con el dominio del mar, era el centro de los reaccionarios. Inexpugnable contra todo ataque, parecía que la España hubiese escogido aquella ocasión para cerrar el camino que el viejo comercio abriera para llevar los metales preciosos del Perú hasta las Provincias del Plata, y destruir todo lo que había quedado de la libertad Sud-americana. San Martín concibió el gran designio de conducir sus ejércitos á través de los Andes, de dominar á los españoles en Chile, de libertar á aquel país, de crear una marina en la costa chilena, de acabar con el poder naval de España en el Pacífico y de adquirir el dominio de todo aquel vasto Océano, y de atacar y derrotar en seguida á los españoles en el Perú, recorriendo la misma línea que habían seguido los viejos conquistadores. Y ejecutó su intento con temeraria audacia, con gran tenacidad en sus propósitos y con inmenso dominio sobre sus hombres, y dando muestras de habilidad organizadora y de

una absoluta consagración á sus propios ideales, venció obstáculos que por insuperables se tuvieran, realizó uno de los más grandes movimientos militares y políticos de la historia, y gobernó en Lima como el fundador de la libertad del Perú. Al mismo tiempo, Bolívar había dirigido una revolución feliz en Venezuela y en Colombia; y la unión de las fuerzas patrióticas del Norte y del Sur estaba á punto de completar la desaparición del poder español en Sud-América. Empero el carácter y la conducta de Bolívar hicieron conocer bien pronto que consideraba á San Martín como un rival; que no podían cooperar y que la continuación de los dos mandos había de significar lucha por el poder personal entre ambos jefes y la destrucción de la causa patriótica que les estaba encomendada. Entonces San Martín dió un ejemplo más admirable que sus victorias y que su estrategia; y para que el ejército de los patriotas unidos pudiera luchar contra las fuerzas de España, se sometió, entregó su mando, sus títulos, sus dignidades y su poder, y envió á Bolívar sus pistolas y su caballo de guerra con esta nota:

«Recibid, General, estos recuerdos del primero de vuestros admiradores, como la expresión de mi sincero deseo de que tengáis la gloria de aca-

bar la guerra por la independencia de Sud-América.»

En seguida abandonó la escena de sus grandes proezas para no volver jamás á ella.

Bartolomé Mitre dice:

«En verdad la historia no registra en sus páginas un acto de abnegación semejante, llevado á cabo con mayor conciencia y con mayor modestia.»

San Martín murió, sin ser comprendido, en su destierro. Para los generales y políticos que sumergieron á las repúblicas americanas en sangrientas revueltas por sus propias ambiciones egoístas y para sus partidarios, el rasgo de audacia que le trajo fama y renombre les pareció admirable, y el de abnegación en favor de la causa de la independencia, les pareció debilidad. Pero como el pueblo de estos países se ha levantado á la altura del deber y del honor, ha venido á comprender que el gran sud-americano, el único digno de ser comparado con Washington como ejemplo de patriotismo, era un modesto soldado que amó sus ideales más que su puesto, y que prefirió á ejercer el poder, cederlo en beneficio de su país.

Siempre he creído que Mr. Tilden llevó á cabo un acto recomendable y patriótico cuando Mr. Hayes le disputó la presidencia en 1876. La elección

fué muy reñida y nadie pudo dudar que si todos los votos emitidos en los Estados del Sur se hubieran tomado en cuenta, Mr. Tilden hubiera sido declarado electo; pero las juntas de dichos Estados desecharon muchos votos á causa de los fraudes é intimidaciones que impidieron considerar otros varios que, si se hubieran computado, hubieran producido un resultado distinto. Con este motivo surgió una cuestión que indudablemente hubiera concluído en una guerra civil en cualquier otro país, en cuya política hubiera predominado la idea personal, pues aun en éste hubo muchos hombres de gran representación é importancia, que sostuvieron que los derechos de Mr. Tilden debían ser defendidos por medio de las armas. Él resolvió sin embargo y fué incommovible en su actitud, que alcanzase ó no la presidencia, jamás habría de permitir que se alterase la paz de su país por causa suya.

Las diferencias entonces se sometieron á un tribunal especial constituido con tal objeto y, por un voto, la mayoría decidió en favor de Mr. Hayes. Mr. Tilden perdió la presidencia; pero ganó lo que valía más: un título á la estimación y á la gratitud de todos sus conciudadanos, y probablemente en esta oportunidad prestó un servicio público

mayor y más duradero que cualquiera de los que hubiera realizado como Presidente.

El segundo estado del desarrollo del Gobierno popular se alcanza cuando los habitantes de un país han pasado ya el período de adhesión exclusiva en favor de determinadas personas y, preocupándose tan sólo de cuestiones de principios de política ó de intereses materiales, se agrupan para apoyar sus opiniones y deseos, aunque sin haber llegado todavía á estar en aptitud de subordinar los asuntos de poca importancia, respecto de los cuales difieren, á los de importancia primordial y vital, respecto de los cuales están conformes. En este estado de desarrollo aparecen muchos grupos, cada uno con ideas dominantes que considera de importancia trascendental. Algunas son meramente locales, otras son religiosas ó se refieren á una clase especial ó á determinados intereses, y á veces se relacionan exclusivamente con alguna situación política, social ó económica. Los resultados más conspicuos de tal condición se ponen de manifiesto en las elecciones de los cuerpos legislativos, en los cuales llega á haber tantos representantes de todos estos grupos diferentes, sin que partido alguno tenga mayoría, que ninguna ley puede aprobarse, á no ser por medio de con-